

# Entre dos luces (Una imagen de José Manuel Caballero Bonald)

Antonio Jiménez Millán

No recuerdo exactamente cuándo conocí a José Manuel Caballero Bonald. Pudo ser a finales de los setenta, con motivo de algún recital suyo en Granada o Málaga, y ya entonces se me quedó grabado el acento inconfundible con que leía sus poemas, ese deje gaditano con filtro del Caribe que hacía más intensa la singularidad de sus versos. Léxico muy escogido, secuencias rítmicas originales, argumentos sabiamente seleccionados. Todo ello se concentraba en los poemas del que era en aquellas fechas su nuevo libro, *Descrédito del héroe*, que yo leí y releí con verdadero interés. «Hilo de Ariadna», el poema inicial, escogía la imagen del laberinto –una metáfora de la existencia– para adentrarse en el territorio del mito, ampliado más tarde en *Laberinto de Fortuna*; «Renuevo de un ciclo alejandrino» me llevaba al mundo de Cavafis y Durrell a través de una geografía más próxima, de un inquietante mundo marginal («ya lejos/ la taciturna orilla de Aznalcóllar...») que yo había entrevisto en otras versiones locales, no muy distintas en el fondo.

De ese peculiar rescate hablé con Pepe Caballero en un trayecto desde Cádiz a Jerez, donde íbamos a presentar mi libro sobre Rafael Alberti. Era el año 1984, y en varias ocasiones volvimos a coincidir al lado de Rafael, hasta que esos encuentros ya no fueron posibles. Precisamente, *Sobre los ángeles* había sido un

libro fascinante para Caballero Bonald, como también lo fue la *Segunda Antología* de Juan Ramón Jiménez en sus años de formación literaria; al hacer balance de esta época, el autor superpone a estas lecturas una predilección por los grandes poetas del barroco hispánico que iba a marcar profundamente su obra. Organizados a partir de cierto irracionalismo expresivo, los primeros libros de poemas de Caballero Bonald –*Las adivinaciones* (1952), *Memorias de poco tiempo* (1954)– surgen de una indagación en el lenguaje que jamás pierde de vista la referencia central de la memoria. Esa búsqueda rigurosa va a ser la clave de revisiones muy posteriores, como la que el autor lleva a cabo en el volumen recopilatorio *Somos el tiempo que nos queda* (2004), que seguramente dará trabajo a esforzados filólogos del futuro. Yo conseguí, con cierta dificultad, un ejemplar de la primera edición de su poesía completa, *Vivir para contarlo*, publicada por Seix Barral en 1969. Prácticamente el mismo formato y no muy lejana fecha de publicación tenían *Figuración y fuga*, de Carlos Barral, y *Colección particular*, de Jaime Gil de Biedma: los tres libros adquirieron un valor muy especial para mí. Recuerdo ahora estos versos del poema «Afirmación del tiempo», todo un manifiesto vital:

*Textos de sombra me enseñaron  
a no reconocerme, dignidades  
de uniformados rostros  
me condujeron hasta las mentiras  
con que rehíce luego mi verdad.*

Convertir la experiencia vivida en experiencia lingüística con una suficiente carga de ambigüedad iba a ser el eje de la poética de Caballero Bonald desde sus inicios. Cuando él se ha referido a unas posibles constantes generacionales, deja bien claro que la actitud de resistencia frente a la dictadura fue el verdadero factor de cohesión de un grupo, el de los años cincuenta, cuyas afinidades literarias «nunca pasaron de ser episódicas», aunque sí les unía cierto estilo de vida: desobedientes e infractores ante la mediocridad ambiental de la España franquista, todos ellos «trasnochaban con idéntica afición», nos dice en *La costumbre de vivir*. Su acer-

camiento al realismo crítico a finales de la década de los cincuenta responde, según sus propias palabras, a una «esporádica obediencia a las solicitaciones del tiempo histórico»: ya en *Las horas muertas* (1959), la profunda corriente existencialista dominante en sus primeros libros se decanta hacia un compromiso político que se explicita aún más en *Pliegos de cordel* (1963), un balance de la historia personal que traslada episodios y sensaciones al ámbito de la memoria compartida. Es éste es el libro que menos satisface a Caballero Bonald, ya que el discurso narrativo, más ajustado al proyecto ideológico del conjunto de los poemas, repercute en la pérdida de ambigüedad. A pesar de las reservas del autor, yo creo que prácticamente todos los poemas de *Pliegos de cordel* –los más circunstanciales fueron pronto excluidos– han resistido muy bien el paso del tiempo y, como hizo notar María Payeras Grau, se sostienen en una cuidada elaboración retórica que se aleja de cualquier forma de esquematismo.

En todo caso, la estancia de Caballero Bonald en Colombia entre 1960 y 1962 contribuyó a alejarle de la «operación realista» y afirmó unas constantes estilísticas visibles en su primera novela, *Dos días de setiembre* (1962), que recibió significativos elogios de Vicente Aleixandre y Jorge Guillén<sup>1</sup>, y por supuesto en los poemas escritos a finales de esa década e incluidos luego en *Descrédito del héroe*. Ahora se impone «la introspección en un mundo gastado, abolido, de cuyos escombros debe surgir algo así como la imagen fantasmagórica de un tiempo histórico, un paisaje...». La nítida precisión de su lenguaje busca de nuevo los claroscuros de la memoria:

*Entre dos luces, entre dos  
historias, entre  
dos filos permanezco,  
también entre dos únicas  
equivalencias con la vida.*

---

<sup>1</sup> La carta en la que Jorge Guillén habla de *Dos días de setiembre* está incluida en el número monográfico de *Litoral Navegante solitario*, dedicado a José Manuel Caballero Bonald (Málaga, diciembre de 2006).

*Mi memoria equidista de un espacio  
donde no estuve nunca:  
ya no me queda sitio sino tiempo.  
(«Doble vida»)*

La ya aludida dimensión mítica de este libro se extiende a una novela cuya redacción es casi simultánea, *Ágata ojo de gato* (1974); en las dos obras se advierte «una misma tendencia al empleo alucinatorio de la expresión y un mismo empeño por rastrear en lo que podrían llamarse las zonas prohibidas de la experiencia». Novela y poesía: dos modos de enfocar un problema de lenguaje, de conducir la memoria hacia una gestión de simulacros. La obra narrativa de Caballero Bonald explora, a partir de entonces, los límites difusos entre ficción y realidad; si *Ágata ojo de gato* se localizaba en la región de Argónida/ Doñana, «la tierra madre que aniquila a todo aquel que pretende ultrajarla», *Toda la noche oyeron pasar pájaros* (1981), *En la casa del padre* (1988) y, de forma distinta, *Campo de Agramante* (1992) proyectan desde el espacio geográfico andaluz la visión crítica de una España «a la vez opulenta y menesterosa». Es muy revelador que Caballero Bonald escogiera para sus dos libros de memorias –*Tiempo de guerras perdidas* (1995) y *La costumbre de vivir* (2001)– el título genérico *La novela de la memoria: él nos dice* que, en el proceso creador, la invención va modificando la memoria, y el que cuenta su vida fabrica historias indistintamente ficticias o verdaderas.

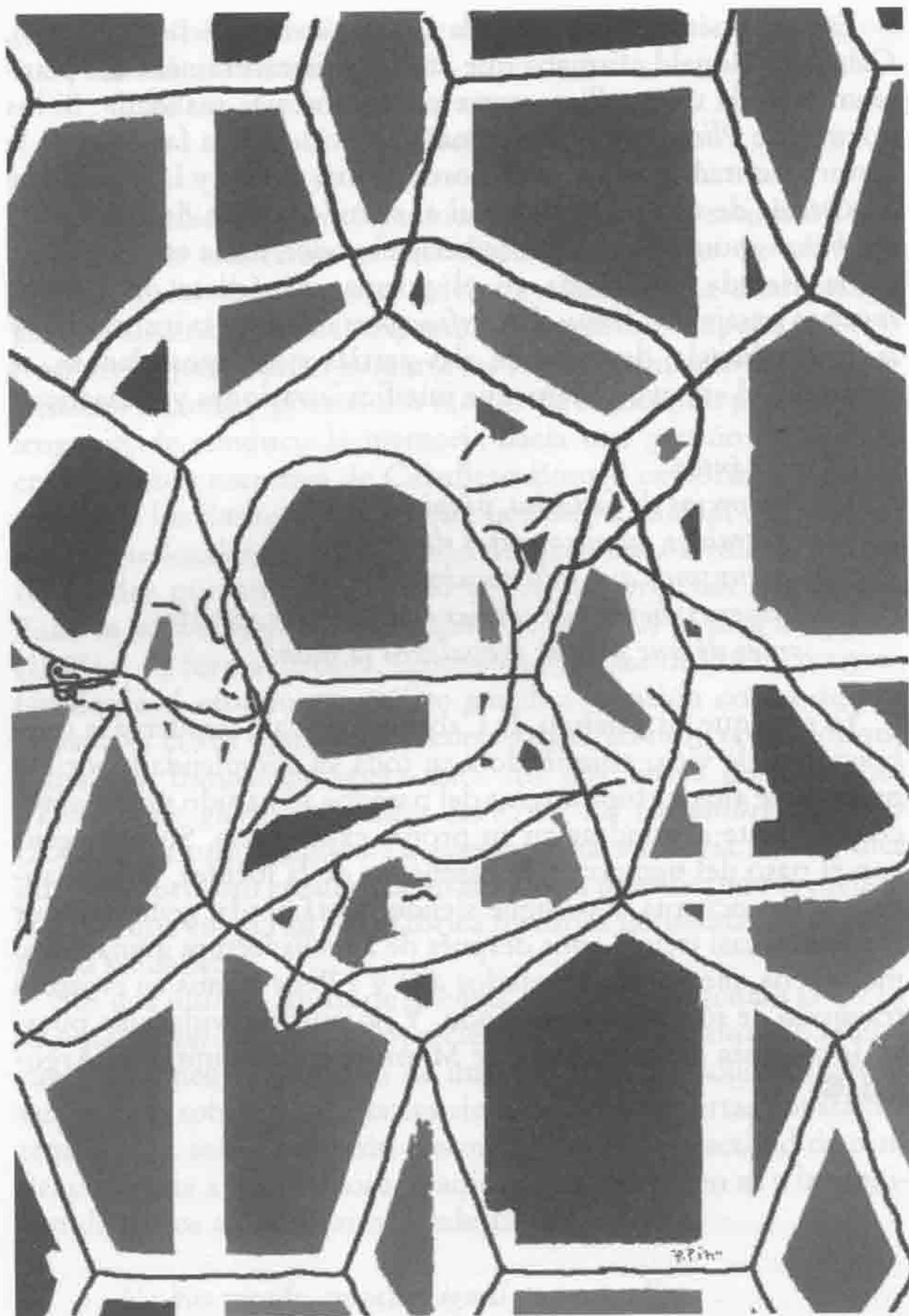
Sus dos últimos libros de poemas, *Diario de Argónida* (1997) y *Manual de infractores* (2005, reciente Premio Nacional de Literatura), suponen la inflexión de una voz muy consolidada que se vuelve más sobria y meditativa sin apartarse de ciertas constantes temáticas y, sobre todo, sin renunciar a una clara actitud de disidencia frente a los celadores tradicionales del orden ni a la dignidad de tantos aprendizajes clandestinos:

*No has vivido emoción igual que aquella.  
Nada ha sido lo mismo desde entonces  
y aún eres el recuerdo de ese hermoso  
oficio pasional de clandestino.*

En una poética escrita para la antología de José Batlló (1968), Caballero Bonald afirmaba que «toda la literatura nace del planteamiento de un conflicto entre el escritor y la realidad». Si los poemas de *Pliegos de cordel* ponían en evidencia la falsedad de la historia contada por los vencedores de una guerra y la humillante hipocresía de una clase social, si el sentido crítico de *Descrédito del héroe* apunta directamente hacia el poder, hacia esa «sordidez de la virtud» nombrada en el poema «Guárdate de Leteo», muchos pasajes de *Manual de infractores* celebran la insumisión y la desobediencia, descreen de «las patrias y los apostolados», se enfrentan al «nuevo orden» que justifica invasiones y masacres:

*¿Cuántos  
consorcios de falsarios, púlpitos  
execrables, compraventas de armas,  
eufemismos que sólo encubren  
crímenes, hemos de cotejar con nuestros muertos  
antes de que por fin prevalezca la vida?*

Yo creo que las palabras de Caballero Bonald tienden a la celebración de la vida, asumiéndola en toda su complejidad: por eso no excluye «los turbios litigios del pasado» ni ha sido nunca auto-complaciente al sondear en su propia experiencia. Su obra gana con el paso del tiempo: es la enseñanza de la lucidez. Y la vitalidad de sus ochenta años sigue siendo noctámbula, generosa; por eso ahora, casi treinta años después de aquella lectura granadina o malagueña, me gusta recordarlos a él y a Pepa Ramis en el jardín tranquilo de su casa, conversando. Y no puedo olvidar una puesta de sol vista desde la playa de Montijo, en los límites de Argónida ©



*... Nada es más la misma desde siempre  
y siempre el recuerdo de sus breves  
ojos pasados de distancia.*